

dio de un motin. Lucio III es apedreado; á algunos de los sacerdotes que le acompañaban, y que fueron cogidos, les sacan los ojos y se les pasea sobre jumentos irrisoriamente, colocando sobre sus cabezas mitras de papel. En vista de tan indignos ultrajes, uno de estos desgraciados pontífices esclamaba: "Yo lo digo delante de Dios y de la Iglesia: si fuese posible yo desearia mejor un emperador que tantos tiranos!"

Sin embargo, el trono de la cruz permanecia inmoble en medio de las borrascas, despidiendo cada vez mas vivos resplandores. Segun sus promesas, el Verbo Eterno lo protegía desde lo alto del cielo; dándole por escudo el celo y la noble firmeza de pontífices tan ilustres como Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III, Gregorio IX, Inocencio IV y Bonifacio VIII; le rodeó del amor de los pueblos, como de una muralla inespugnable, y armó para defenderlo la piedad, y aun alguna vez, la ambicion de los monarcas. Digamos tambien que Dios pareció estender la vara de su maldicion sobre los opresores de su Iglesia. Una especie de fatalidad pesaba sobre la familia de Plantagenet, sobre la Casa de Salica, y perseguía, hasta estinguirla, la raza de los Hohenstaufen. Luis de Baviera parece desdichadamente de una caída de caballo, y aunque Felipe el Bello dejó tres hijos, que reinaron sucesivamente despues de él, la rama de su familia, tocada de cierta impotencia, no se continuó sino por mujeres y se vió forzada á transmitir el cetro á manos viriles.

Así pasaron miserablemente los reyes, las dinastías y las razas que habian osado atentar sacrílegamente al Arca Santa; ¡y la cruz permaneció de pié! Ella guardó su supremacía absoluta sobre las naciones nuevas hasta que se hubieron penetrado de su vivificante espíritu: entonces, aflojándoles las riendas las dejó, como el águila hace con sus polluelos, ensayar sus fuerzas en mas rudas pruebas, y se preparó, por su parte, á mas terribles combates.

CAPITULO XXIX.

Lo que la Cruz ha edificado.

Si quisiésemos entrar en el pormenor de las obras maravillosas que la cruz ha ejecutado, nuestra vida entera, aun cuando llegase á un siglo, no bastaria á enumerarlas. Así pues, no es este el punto que nos proponemos. Queremos solo caracterizar en una sola palabra la virtud que le es propia; comprender bajo un solo concepto la infinita variedad de resortes que ella ha hecho jugar en el pasado y los que pondrá en movimiento en el porvenir para la regeneracion del mundo; designar, en fin, el principio de todo bien que ha depositado en él y que es el fundamento de su reinado: *la Sociedad moral*. Ella ha colocado de nuevo á la humanidad en la senda de que Satanás la habia hecho salir, y le ha restituido las condiciones de desarrollo continuo que Dios le habia impuesto, permitiéndole avanzar con un paso seguro hácia un progreso indefinido.

¿Por qué durante cuarenta siglos, la humanidad, en vez de dirigirse á la perfeccion moral, descendía sin cesar en la pendiente de la decadencia? Por una sola causa. Porque despues de haber rechazado la autoridad divina, se encontró impotente para constituirse en sociedad moral. ¿Y de dónde le venia esta impotencia? De que no encontraba ya en ninguna parte las bases necesarias, sobre las cuales tiene que descansar toda sociedad para ser feliz, es decir, un poder *legislativo*, un poder *interpretativo* y un poder *ejecutivo* en el orden moral. Pues bien, esto es lo que la cruz ha remediado.

Ella ha puesto las bases de la sociedad moral, sobre las que debe elevarse el edificio del bien para engrandecerse hasta tomar proporciones incalculables: tal es su obra divina, beneficio inestimable que resume todos los demás beneficios y nos ofrece una prenda segura de la salvación humana.

Como hemos ya procurado demostrar al principio de este libro, en Dios es en quien únicamente descansan los poderes constitutivos de la sociedad de voluntades libres. Todas las leyes del universo físico, moral é intelectual emanan verdaderamente del trono de la Majestad infinita; pero en tanto que las unas, aplicadas irrevocablemente á los seres privados de libertad, se conservan siempre inviolables, las otras, que se dirigen á los seres inteligentes y señores de sus actos, son susceptibles de violación y no permanecen inmutables sino en la voluntad soberana. Cuando, por su desgracia, la tierra las olvida, no puede encontrar de nuevo su huella sino volviendo sus miradas hácia los cielos. Pero ¿cómo llegar hasta las esferas inaccesibles donde brilla el esplendor eterno? ¿Cómo penetrar en ellas para tomar el fuego sagrado? La ley moral es Dios mismo; es el principio de su propia esencia y ningún mortal le ha visto jamás. Sin embargo, si el hombre no puede subir hasta Dios, Dios bajará hasta el hombre.

En las profundidades misteriosas de la Trinidad inefable resplandece el ideal de la armonía universal. Luz increada, tipo de todas las cosas, legislador de la eternidad, el Padre reside en el seno de las regiones de lo invisible; pero el Hijo, esplendor de su gloria y carácter de su sustancia, proyectando su luz más allá de todos los espacios, ilumina toda inteligencia que viene á este mundo, en tanto que el Espíritu, rayo de amor del Padre y del Hijo, enciende y reanima con su fuego todos los corazones. Pero la luz ha lucido en las tinieblas y las tinieblas no la han retenido; el calor se ha esparcido en las regiones heladas de la muerte; y ellas no han conservado la centella de la vida. Entonces el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros lleno de gracia y de

verdad, y el Espíritu Santo por la bondad del Padre y según la promesa del Hijo, ha descendido al fondo de los corazones y los ha bautizado con sus llamas.

Así es cómo la humanidad, vuelta á poner en comunicación con el cielo, ha recibido de él las aguas vivificantes por canales tan puros como la fuente misma. Por el Hijo, ha obtenido entrar en participación de la verdad del Padre, y por el Espíritu, ha experimentado los ardores del amor del Padre y del Hijo. “Yo no hablo de mí mismo, decía Jesucristo; pero mi Padre, que me ha enviado, me ha prescrito lo que debo decir, y yo sé que su mandato es la vida eterna.”¹ Y después, en otro lugar añadía: “Yo rogaré á mi Padre, y Él os enviará al Espíritu que os enseñará toda verdad; porque Él no hablará de sí mismo, pero dirá todo lo que habrá entendido.”²

Los tres poderes morales se hallan, pues, incontestablemente constituidos: el Padre es el legislador supremo é infalible; el Hijo es su verdadero intérprete, y el Espíritu Santo viene á ser el dispensador de su vida y de su mútuo amor. Pero así como el Hijo ha recibido sus poderes por delegación de su Padre, así también ha querido Él transmitirlos á su vez por una nueva delegación á simples mortales. Él los ha confiado á hombres de su elección, que ha instituido sus mandatarios cerca de sus semejantes, después de haberles prometido tanto en nombre suyo como de su Padre, la asistencia del Espíritu Santo. Antes de abandonar este mundo que no quería dejar huérfano, confirió á los que había escogido, su alta misión en estas solemnes palabras: “Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra. Recibid al Espíritu Santo. Él permanecerá con vosotros eternamente y hará que os acordéis de todo lo que os he dicho. Así como mi Padre me ha enviado os envío yo. Todo lo que atareis sobre la tierra será atado en el cielo y todo lo que desatareis en la tierra será

¹ San Juan, cap. 12.

² Idem, cap. 16.

desatado en el cielo. Id, é instruid á todas las naciones, enseñándolas á observar todo lo que os he prescrito. Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos."

He ahí de qué manera, por la constitucion de poderes delegados del cielo, la tierra ha sido puesta en posesion de la autoridad moral; autoridad indudablemente digna de todo respeto y de toda obediencia, pues que emana directamente del Criador y Señor soberano de todas las cosas. El reino de Dios queda definitivamente establecido entre los hombres; el verdadero bien y la sana moral tienen en ella, al fin, representantes y ministros legítimos.

Sin embargo, este reinado divino que se refiere por una parte á las cosas creadas, tiene que sujetarse á condiciones relativas. Es necesario que comience por no ser mas que un gérmen, pero gérmen completo y fecundo que contiene el principio de todos sus desarrollos ulteriores para tomar en seguida y sucesivamente, como una escelente semilla, un crecimiento maravilloso. ¿Seria dable creerlo? En esos doce pobres pescadores que rodean al hijo de una humilde mujer de Judea, se encuentran los elementos de la institucion mas extraordinaria que ha existido jamas; los fundamentos de la Iglesia católica, es decir, de la sociedad moral universal, que no se limitará á tiempos ni á lugares, y que será verdaderamente el centro y el lazo de toda la humanidad dividida, hasta entonces! Y para llegar á este resultado sublime, los apóstoles no tienen mas que dejar obrar el principio divino depositado sobre sus cabezas. Él habia dicho á uno de ellos: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las potencias del infierno no prevalecerán contra ella." Y Pedro viene á ser natural y legítimamente el gefe de la sociedad nueva: los demas apóstoles son sus colaboradores; y del destello de su poder, mas ó menos prolongado, descienden los ministros inferiores de la gerarquía santa. La Iglesia nace de algunas palabras de Jesucristo y llega, sin esfuerzos y á traves de todos los obstáculos, á una perfeccion que las socie-

dades civiles, no obstante el progreso de las edades y la ciencia de los legisladores, no han podido llegar jamas. En esta organizacion, destinada á proseguir la obra regeneradora de la redencion, al nombre del Hijo de Dios, la encarnacion se manifiesta visiblemente continuada. Así, pues, y por mas que los hayan cegado sus preocupaciones, los enemigos de la Iglesia no pueden menos de admirar el hermoso conjunto, el armonioso enlace de todas las partes que la constituyen; la unidad, la fuerza indestructible que de ellas resultan; y se ven compelidos á confesar que esta institucion, humanamente hablando, ofrece las proporciones admirables de una obra maestra política.

Si se considera que esta grande obra ha salido, en cierto modo, de la nada; que se ha desarrollado sin ningun auxilio humano, en medio de persecuciones, de combates y de oposiciones de todo género, la admiracion debe ser todavía mucho mayor. ¡La Iglesia se ha hecho lugar en el mundo á pesar del mundo! Al lado de las gerarquías, de las legislaciones, de las magistraturas, de las administraciones de los imperios temporales, ella ha establecido por todas partes, la gerarquía, la legislacion, la magistratura y la administracion de su imperio espiritual. He ahí lo que la distingue eminentemente de todo lo que no es mas que sistema y teoría: ella no es solamente un dogma y una moral, estendida en el fondo de un libro, y que se la somete con facilidad al escarpelo del análisis como hace el anatomista con el cadáver inanimado, sino una sociedad construida con todas sus piezas, viviendo visiblemente en medio de las demas sociedades, ofreciendo los títulos mas incontestables de una existencia, á la cual no se podria atentar sin violar la justicia y el derecho de gentes.

Platon, con su genio penetrante, habia presentido sin poderlo remediar, la nulidad de toda doctrina que no permanciese eternamente viva; de toda doctrina estendida en las hojas de un libro como en una tumba, y cuyo espíritu enterado bajo la letra se hallase espuesto, sin defensa posible, á

merced del sofisma, de la ignorancia y de las pasiones. "El que se imagine, dijo, poder establecer, por solo la escritura, una doctrina clara y duradera, no puede ser sino un insensato: si poseía realmente los gérmenes de la verdad, se guardaría bien de creer que con un poco de licor negro y una pluma, podría hacerlos germinar en el universo, preservarlos de las inclemencias y comunicarles la eficacia necesaria; porque así como las imágenes de la pintura, vivas en la apariencia, guardan silencio con dignidad, si se les interroga, del mismo modo es la escritura, que no sabe lo que debe decirse á un hombre ni lo que debe ocultarse á otro. Si se le ataca ó insulta sin razon, no puede defenderse, porque su padre no está siempre allí para sostenerla."

¿Cuál doctrina, pues, de origen humano, gozará de la indisputable prerogativa que exigía el gran filósofo de Atenas? ¿Qué doctrina estará siempre acompañada de un autor pronto á sostenerla contra los ataques del raciocinio y preservarla de la acción disolvente de las edades? No conocemos ninguna. Solo á un Dios era concedido el poder decir con verdad y cumplir esas palabras que dominan todo el porvenir: "Id, que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos." Solo un Dios, repetimos, podía asentar la sociedad moral sobre bases suficientemente sólidas, para estar á prueba de todos los esfuerzos, y para que cualquier fuerza viniese á estrellarse inútilmente contra ellas.

Jesucristo únicamente era, pues, capaz de salvar á la tierra de la anarquía de las doctrinas, á la cual estaba inevitablemente condenada, estableciendo en ella un poder moral legislativo, interpretativo y ejecutivo, permanente y siempre activo. Esta es la obra sublime que Él ha realizado en la institución de la Iglesia católica. Según sus promesas, ha fundado esta Iglesia sobre una piedra indestructible, la ha armado con su poder y la ha llenado de su espíritu. Bajo su soplo vivificador, ella se ha desarrollado como un germen bendito, se ha elevado como un árbol vigoroso que estendiendo á dis-

tancia sus inmensas ramas ofrece un dulce abrigo bajo su sombra á todas las aves del cielo.

"Entre el mar Tirreno, dice uno de nuestros ilustres oradores sagrados, y las negras cumbres de los Apeninos, en derredor de algunas colinas, un puñado de bandidos viene á construir sus cabañas. Abriendo los cimientos de sus primeras murallas encontraron una cabeza ensangrentada, y el oráculo les había afirmado que su ciudad sería la cabeza del universo. Al cabo de siete años, después de haber destruido la nacionalidad de todos sus vecinos, repletos de sangre, de despojos, de gloria y de orgullo, estos bandidos que eran ya la primera nación del mundo, habían depositado su altiva república en las manos de un solo señor. . . . y este señor vivía cuando San Pedro deliberaba en qué lugar del orbe iría á fijar su Silla apostólica. ¡Lo creeríais! á la vista de este señor, cuyas miradas hacían temblar la tierra, en esta ciudad, sobre las gradas de ese trono, fué á poner San Pedro su cátedra y á buscar su independencia. ¿Qué independencia? La del que no teme morir por la verdad, la independencia del martirio. Entre sus sucesores no hubo más que dos pontífices, durante tres siglos que murieron en su lecho, y eso porque los años se apresuraron en ellos un poco más que los verdugos. Pero un príncipe joven sube al trono de los Césares, y este príncipe comprende el cristianismo, no solamente como religión de la mayoría, sino como venida de Dios para la salud de los hombres, y él la reconoce. Hace más: por uno de esos designios inexplicables según el mundo, toma su trono y le trasporta á las estremidades de la Europa, á las orillas del Ponto Euxino, á fin de dejar á la majestad pontifical toda esa antigua Roma con su poder natural y su indecible ilustración; y hecho esto ningún príncipe se sentará más en Roma. Cuando Teodosio divida entre sus dos hijos el imperio de Oriente y de Occidente, en Milan y no en Roma reinará el emperador de Oriente. En vano los hérulos y los ostrogodos vendrán á establecer un nuevo reino en Italia;

Ravena será la ciudad que ellos elijan para fijar su capital. En vano los lombardos se acercarán á Roma; Roma no será su residencia sino Pavía. Los reyes y los emperadores no pasarán ya por la ciudad eterna sino como simples viajeros. En Roma es, pues, donde se habrá fijado el primer anillo de de esa larga cadena que despues de dar vuelta á toda la tierra vendrá á rematarse en el cielo!"

Es necesario, en efecto, estar tocado de una inesplicable ceguera para no comprender que Jesucristo ha querido edificar su Iglesia sobre un fundamento único, cuando se leen en el Evangelio estas terminantes palabras: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia." Y no se piense, como dice Bossuet, que este ministerio de Pedro concluya en él. Lo que debe servir de sosten á una Iglesia eterna no puede tener nunca fin. Pero cuando Pedro, despues de haber espirado en una cruz, se haya reunido á su Maestro en la gloria celestial, ¿qué vendrá á ser del edificio de la Iglesia? ¿Será arrancado de sus cimientos inmutables para ser transportado sobre otra base que no tenga mas solidez que la de sus promesas? Evidentemente no podia ser éste el designio de Jesucristo. Las prerogativas otorgadas al príncipe de los apóstoles debian revivir en sus sucesores. San Pedro fué, pues, reemplazado por San Lino, San Lino por San Anacleto y éste por San Clemente; continuando así, sin interrumpirse, la sucesion de los pontífices, herederos de la autoridad apostólica. Y para que este punto histórico tan importante, estuviese colocado fuera de toda duda, Dios ha permitido que de siglo en siglo se erigiese el catálogo de los obispos de Roma. Comenzado en el segundo siglo por San Ireneo, fué continuado sucesivamente hasta el quinto por Tertuliano, San Epifanio, San Opiato y San Agustin.

A ejemplo de San Pedro, á quien vemos siempre á la cabeza de los apóstoles, todos estos pontífices romanos, se consideraron como los gefes supremos de la Iglesia, ejerciendo en este sentido, sus poderes. Ya San Clemente, tercer su-

cesor de San Pedro, hace volver al deber á la iglesia de Corinto; San Victor I, que reinaba por el año de 193, excomulga á las iglesias del Asia, que se obstinaban en celebrar las Pascuas como los judíos, y en el siglo siguiente San Estéban I no teme combatir la decision de un concilio compuesto de sesenta obispos que tenia á San Cipriano á su cabeza, y le obliga á someterse. Desde entonces los papas toman el título de *gran sacerdote* y *obispo de los obispos*, siendo éste un hecho probado aun por el cargo que les dirige Tertuliano;¹ pero, por otra parte, la Iglesia ratifica la pretension que elevan á la precedencia. Ella reconoce la necesidad de la unidad, no solamente como tésis general, sino haciéndola efectiva en su persona. Al mismo tiempo que se veia á San Policarpo reunirse con San Aniceto para consultarle sobre diversos puntos de doctrina, San Ireneo se manifestaba convencido de que en la Iglesia de Roma era donde todas las demas iglesias debian ir á buscar la fuente de las tradiciones apostólicas.² A su vez, San Cipriano declara que no hay mas que un Dios, un Cristo y una cátedra episcopal, fundada primordialmente sobre Pedro, por la autoridad de Nuestro Señor.³ San Cirilo de Alejandría, San Gerónimo y otros muchos santos, expresan el mismo sentimiento.⁴ En Nicea fué donde el reconocimiento de la supremacía espiritual de Roma se hace de la manera mas solemne y brillante. El famoso concilio tenido en aquella ciudad, eligió por presidentes á los legados de la Santa Sede, y no contentos los Padres con tributar este homenaje á la primacía del papa, quisieron someter á él sus actos y pedirle su confirmacion. Por lo demas, la soberanía que Jesucristo habia concedido á los pontífices romanos en la persona de San Pedro, se manifestó de una manera mas y mas clara á medida que la Iglesia se desarrollaba y estendia su

1 *De Pudicitia*, cap. 1.

2 *Adv. Heres.*, cap. 3.

3 *De unit.*

4 *De S. Trinit.*, epíst. ad Dam.